

Con la gracia de Dios, que no nos faltará "Todo lo puedo en Aquel que me conforta". Con la alegría cristiana: "Jesús, tú das los verdaderos goces del corazón". Con la inteligencia sedienta de conocer a Cristo y su Evangelio "Luz del mundo". Con la voluntad, enderezada hacia su Ley "Bienaventurados"

¡Bienvenido sea el nuevo año, viviremos felices las vacaciones, e igualmente felices en los trabajos y estudios, por nuestra bendita esperanza en Jesús, que será nuestro galardón!

MARTHA LILIA MEIDANA
(Sección Filosofía)

NAVIDAD A TRAVES DEL ARTE PICTORICO



Raro sería encontrar algo, de tan fácil amalgama con la pintura, como el arte religioso: dos ideales que culminan en la pureza, dos tendencias que se fusionan.

Estas ideas surgieron de un libro de viejas estampas, símiles de cuadros famosos. Entre las de un Rubens, un Murillo, un Miguel Angel, todas encantadoras, una frescas otras severas, exótica, aquella

de líneas sencillas, llamaron mi atención y cautivaron mi espíritu, tres artistas, tres autoridades, tres cumbres en distintas épocas y tres estilos divergentes.

El primero se refiere a la Adoración de los Pastores y es de Antonio Allegri; (no creais estar en presencia de un desconocido, se trata del que tal vez conozcais bajo el nombre de Correggio.

Nadie ignora, que en el siglo XV, en Italia y Flandes, la unidad estilística estaba impuesta, y como lógica reacción los artistas anhelaban sendas nuevas, horizontes inéditos, y el fruto natural es el Renacimiento, con esa su inimaginada renovación.

El Correggio se complace en lo delicado, en la ternura, en la frescura de la flor que se abre, en la suavidad de la carne que palpita. Como consecuencia dos polos técnicos rigen su mundo, son: la luz y el color. Es una policromía de amable absolutismo, en la que cada pincelada es un haz de delicadeza y gracia, rara vez superada.

Por eso al contemplar su obra, de "La Adoración de los Pastores". vemos redimidas todas estas cualidades, sombreadas por la realidad del defecto. La escena que el Tierno Infante preside y del

cual irradia luz, la luz que ilumina la cara gozosa de su Divina Madre, el júbilo del eterno Alleluia en los rostros de los ángeles, y la figuras de la mujer y el pastorcillo, trazadas sin mayor carácter, es la parte maestra de su cuadro; que falla en la figura barbuda, en que se traiciona la inaptitud de Correggio para describir la energía y la fuerza, sin incurrir en tosquedad.

Más no por eso el cuadro pierde la atracción que la amno del Correggio supo imprimirle, ni el tema su eterno interés.

La figura de la cual paso a ocuparme en segundo lugar, es la de Sandro Botticelli en "La Adoración de los Reyes".

Sus leves y flotantes figuras femeninas, la armonía de los seres puros, le valieron el sobrenombre del pintor de la gracia. Es —como diríamos?— algo así como un Fra Angélico mundano, aquel que poseyendo el encanto supremo, el misterio del más allá, esgrimiendo el concierto de armonías celestes, proyectara este arte sobre el mundo.

Es la encarnación del ideal de la época prerrafaelista: la gracia y la ingenuidad hecha arte, sin caer como el Correggio en escenas de infantilismo visible, o de transparencia femenina.

En el cuadro, que me ocupa, la Sagrada Familia es una forma iconográfica, el asunto religioso, el motivo de su composición. Es en los Reyes donde el pintor concentra su atención, y despliega su arte. Nadie mejor que él pinta el esplendor, la suntuosidad y la magnificencia cortesana, pues que él vivió en la corte de los Médicis.

Sus figuras tomadas de la realidad, están rodeadas de un toque sobrenatural que les da nobleza y la firmeza de sus rasgos carácter. Lo peculiar está en

que se consiguió aunar estas cualidades, sin alterar los rostros de sus modelos, pudiéndose distinguir entre ellos a Don Cosme de Medicis y a su hijo Pedro, al siempre recordado Giovanni, y el autoretrato del propio autor.

He llegado así, a la imagen que más me atrajo, por un algo que no pude definir, inquietud nacida de su contemplación, impotencia, para sintiendo lo bello, abarcar la idea grandiosa de su genial inspiración. Tal vez os expliquéis ese algo, cuando sepáis de quién se trata: de Rembrandt Van Rijn, en su composición: "Simeón en el Templo".

"Simeón en el Templo", es el cuadro expresivo por excelencia. Imaginad una alucinante catedral gótica, donde transcurre la escena de la Presentación, un rayo de luz fosforescente y extraño la ilumina. Todo se transfigura, tiene un algo que trasciende el más allá, que atrae y deleita. Estamos frente a una nueva actitud que lleva el sello del genio auténtico, su complejidad ilimitada. Nada de misticismos fáciles, de vulgaridades cursis, de sombras impresionantes, de contrastes dramáticos. Muy por arriba de esto, su obra es manantial de espiritualidad, reguero de inquietudes, como si al asomarnos a un cuadro suyo, una nueva concepción de la vida se nos presentara, un algo sobrehumano que nos encierra en una sola dirección espiritual.

Y con esta personalidad tan misteriosa como representativa en la Historia del Arte, doy fin a esta breve disgresión, esbozada con óptima voluntad, mejores deseos, pero sin mayor autoridad en la materia.

M. EDELMIRA ARENILLAS
(Sección Pedagogía)